



El 19 de Setiembre se levantaron brumas sin viento, lo cual fué para Colon una señal segura de la proximidad de las islas; pero no quiso bordear para buscarlas, en razon á que su objeto era llegar en derecha á las Indias, y se contentó con escribir en su *Diario*: «El tiempo es bueno, y placiendo á Dios á la vuelta se verá todo» (1). En el dia siguiente hubo alternativas de calma y brisa ligera y suave, hasta que al fin acreció algun tanto, impeliendo á la flotilla hácia el SO. con tal constancia que puso en cuidado á los marineros. Se divisaron muchas hierbas: tres alcatraces vinieron á la capitana, y se pudo cojer un pájaro playero.

El viérnes, al despuntar la aurora, se notaron indicios favorables en direccion del O. Un alcatraz pasó muy cerca de los buques, y una ballena subió á retozar á la superficie. Las algas y los fucus con fruto se extendian con abundancia tal, que la mar parecia un prado, y la proa de las carabalas experimentaba al romperlas la resistencia natural á su espesura. Habian llegado ya á aquellos sitios, conocidos despues con el nombre de Mar de Hierbas, y que ocupan una extension siete veces mayor que la de la Francia (2). Su aspecto, que en un principio recreaba los ojos y halagaba las esperanzas de los tripulantes, porque parecia prometerles la tierra, se convirtió ahora por su magnitud en un motivo de alarma, pues creian encontrarse en los eternos pantanos del Océano, que segun ellos servian de límites al mundo, y de sepulcro á los temerarios que se les acercaban. Estas familias de plantas, reunidas en un número casi fabuloso, ofrecian el aspecto de un marjal incommensurable, puesto por el Hacedor á guisa de vallado en las fronteras del Océano, para vedar su acceso á los mortales; y su vigorosa y monótona vegetacion, que desde los abismos se levantaba á la superficie como una amenaza, y tal vez como un aviso del cielo, ponía pálido el rostro de los más valientes. Porque, pensaban ellos, á medida que se espesáran las hierbas acuáticas, irian quedan-

(1) Miércoles 19 de Setiembre.

(2) A. de Humboldt, *Cosmos*, t. II, pág. 346.

do más y más presas las naves, haciéndose imposible la vuelta; y si no sobrevenia el que fuesen pasto de los monstruos emboscados allí, era seguro que durante la lucha de las proas con el follaje, se acabarían las provisiones, y vendría el hambre con todos sus horrores y atroces consejos en castigo de una tenacidad maldita. La imaginacion de los marineros abundaba en pavorosos pensamientos, consecuencia lógica de las pláticas que tenian en sus veladas de invierno, ya acerca de las regiones inhabitables del mundo al Mediodía, ya sobre el gigante submarino del Norte, Craken, espantoso pólipo que miéntras agitaba un brazo en el Mar Blanco, revolvía con el otro el Océano Germánico; ya de las insaciables sirenas, de los frailes del mar, de los crueles obispos y del sin número de monstruos grandes y pequeños que arrastraban á los bajeles en los torbellinos. Entre los oficiales, los de más firmeza, sin ponderar los peligros verdaderos, temian que las quillas chocáran contra los arrecifes, que tal vez cubria la verdura, y zozobrar sin poder cojer tierra, en sitios donde sería imposible salvarse en canoas, porque los remos quedarían enredados en sus largas y rizadas hierbas.

Otro motivo no ménos constante de inquietud traía cabizbaja á la gente. Consistía en que, cuanto más se avanzaba, el viento, de una extrema suavidad, parecia impelirlos de continuo al O. Nunca en los mares conocidos se habia observado tal constancia, y de aquí deducian que esto, tan favorable para llevarlos á las inciertas tierras de Occidente, formaría un obstáculo insuperable para volver, y que para siempre quedarían privados de tornar á su patria.

El 22 de Setiembre se puso el timon al ONO., y se anduvieron sobre treinta leguas: las hierbas, léjos de aumentar, comenzaron á desaparecer, á medida que avanzaba la flotilla: se vieron paviotas y otras aves; mas la tripulacion, cuyo pavor iba trocándose en desesperacion, ni siquiera hizo alto en ellas. La fijeza del viento entraba por mucho en su zozobra, y á duras penas procuraba tranquilizarla Colon con explicaciones cosmográficas, pues ya no le



daba oídos, habiendo cesado de creerlo, y no atendía ni á sus promesas, ni á sus amenazas. El respeto á su autoridad y la sumision al nombre sagrado de los reyes (1) se habia perdido, y no le quedaba en lo humano ningun recurso de ser obedecido, y poder continuar en su empresa. Invocó, pues, á Aquel que siempre le habia asistido, y acto continuo se levantó una brisa contraria, como para desmentir los siniestros temores. Al referir el comandante la oportunidad con que llegára este socorro, escribió sencillamente en su *Diario* lo que sigue: «El viento contrario fué de gran provecho para mí; porque las gentes estaban en gran fermentacion, imaginando que en estos mares no soplaban para tornar á España.» (2) Siendo, como era, tan inminente la insurreccion, consideró agradecido el suceso, como un señalado beneficio del cielo.

Pero la tranquilidad de los ánimos no podia durar largo espacio, y ya al otro dia habian vuelto á caer en su infundado temor. Era un domingo; las algas, las ovas y los racimos tropicales reaparecieron en número considerable; la llanura que se extendía á su vista estaba cubierta de hierbas y reposada, y el viento los impulsaba en direccion de O. La tranquilidad de las olas vino á hacerse sospechosa á su vez, acrecieron las murmuraciones, y los descontentos decían que se hallaban en aquellos sitios en que el aire y el mar pierden su movimiento, porque se alejan de lo habitado por los hombres. La perdicion era inevitable, y no se hablaba más que de los monstruos que se asían á la quilla de los barcos, reteniéndolos hasta que sus tripulantes han sido pasto suyo. Imposible fuera tranquilizar aquellas cabezas, extraviadas con los fantasmas que ellas mismas se creaban, cuando en medio de esta perplejidad, de repente, y sin que el viento se hiciera sentir, engruesó la mar de tal manera, que «todos quedaron atónitos.» Entónces Colon, dando gracias á su divino Señor, apuntó en su

(1) «Perdido el respeto á su autoridad, y aun desatado el sagrado nombre del rey, etc.» Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, pár. IV.

(2) Sábado 22 de Setiembre.

libro estas palabras. «Así que muy necesario me fué la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos, cuando salieron de Egipto contra Moysen, que los sacaba de captiverio» (1).

El 24 se continuó el rumbo al O. Un pájaro vino á posarse en las vergas y se vieron muchas paviotas.

El 25, se mantuvo la caña en la misma direccion, soplando una brisa leve.

Aquel dia estuvo la *Pinta* tan cerca de la *Santa Maria*, que el comandante habló con Martin Alonso Pinzon, acerca de un mapa que le envió el 23, se lo pidió, y Martin Alonso se lo devolvió, arrojándolo con una cuerda. En esta carta se veian figuradas por hipótesis unas islas, que segun Pinzon estaban cerca; mas Colon le respondió que arrastradas por las corrientes al NE. no habian hecho las carabelas tanto camino como suponian los pilotos. La conversacion de entrambos jefes y las contestaciones del superior, dadas en alta voz, tal vez tendrian por objeto tranquilizar los marineros, que no cesaban de lamentarse un momento de lo largo del viaje.

Al ponerse el sol, Martin Alonso corrió á la popa de su carabela, y se puso á vocear con toda su fuerza: «¡Tierra! ¡tierra! Señor, yo soy el primero que la ha visto; dad fe de mi derecho á la renta.» Comenzaron en seguida los suyos á dar gritos de alegría, y los de la *Niña* treparon por la jarcia, asegurando tambien que lo que se divisaba era la tierra. Al ruido detantas y tales exclamaciones el comandante, conmovido, cayó de rodillas (2); porque en su reconocimiento, más grande que su curiosidad, ántes de dar fe del descubrimiento que le parecia inevitable, quiso dar gracias á Dios, y enternecido entonó el *Gloria in excelsis Deo*. Á juzgar por las apariencias debió creer que en efecto fuera la tierra, confusamente señalada á una distancia de veinticinco leguas; pero vino el otro dia para disipar la ilusion, presentándose limpio, sin un punto el Océano. Tanto

(1) Domingo 23 de Setiembre.

(2) Las Casas, *Diario de Colon*, mártes 25 de Setiembre de 1492.



mayor fué el abatimiento de los marineros, cuanto que la esperanza estuvo más vivamente excitada.

El miércoles 26, se continuó al O. hasta el medio día, hora en que se varió al SO.; y á pesar de estar la mar llana y el viento suave, se hicieron treinta leguas.

Al día siguiente, amainó la brisa, y se divisaron muchas doradas y un rabo de junco.

El 28, calma; la hierba reapareció en poca cantidad y se pescó gran número de doradas.

El 29, vinieron á consolar á los tripulantes varias señales: el ambiente suave y embalsamado, el agua abundando en plantas marinas, y por tres veces consecutivas tres alcatraces seguidos de una fragata.

El domingo 30, se mantuvo en calma, y no se hicieron entre el día y la noche más que catorce leguas; pero iban en progresivo aumento los indicios de la proximidad de la tierra. No obstante haber cambiado algun tanto el tiempo y venidoseles encima un chubasco, el viento permanecía siempre favorable y suave, lo cual, unido á la constancia del rumbo, era insoporrible á la gente, y excepto el comandante, todos, hasta sus mismos oficiales, estaban espantados de la distancia recorrida.

El 1.º de Octubre al amanecer, dijo el oficial de guardia con un acento de pavor, que no pudo dominar, que se habian hecho hasta aquella hora seiscientas setenta y ocho leguas al O., desde la isla de Fierro. Este guarismo dió el golpe de gracia á los marineros, y sin embargo no era exacto, pues el apunte reservado de Colon tenía setecientas siete. Y el elegido de la Providencia se esforzaba en reanimar los espíritus, y estimular á los pilotos, sin ocultar su íntima satisfacción por el concurso con que los elementos auxiliaban su empresa.

Siempre propicia la brisa los impelia sobre una superficie tan tranquila y serena, que Cristóbal no pudo ménos de escribir en su *Diario*: «La mar llana y buena siempre, á Dios muchas gracias sean dadas» (1).

Proseguía su rumbo la flotilla y los barruños de tierra se multiplicaban: los pilotos de-

(1) *Martes 2 de Octubre.*

seaban bordear, é ir en busca de las islas, que parecía deber estar muy próximas; pero el comandante, persuadido de su existencia, se negó terminantemente á desviarse de su camino, porque queria ir en derechura á las Indias. «Perder el tiempo en tal cosa hubiera sido, dice él, no tener prudencia ni razon.» Entónces las murmuraciones se tornaron en aborrecimiento.

Engañados tantas veces por señales que parecían prometerles tanto la tierra, los marineros no daban ahora crédito á las falsas apariencias, é iban cayendo en el mayor desconsuelo y abatimiento. Se reunieron primero en el sollao de proa en grupos de tres ó cuatro, sin noticia de los oficiales, con el fin de aliviar sus temores comunicándoselos; pero no hicieron sino acrecentarlos. Cada día se hacían estas reuniones más frecuentes y numerosas, el descontento era general, y ninguno se tomaba el cuidado de ocultarlo; ántes al contrario, se excitaban abiertamente á la insubordinación y á la resistencia. Naturalmente como españoles detestaban aquel extranjero, que habia resuelto, decían ellos, exponer sus vidas con la propia, para hacerse gran señor á costa suya, y lo señalaban para poder hablar de él hasta en su presencia, con los apodos de *trufador* y de *bufon* (1). De esta manera es como empiezan á bordo las conspiraciones. Los marinos viejos pensaban que la persistencia del comandante en mantener el rumbo al Oriente, era un rasgo de demencia; recordaban los tristes presentimientos de sus familias, el llanto de todo Pálos, la oposición que le hicieron los cosmógrafos de Salamanca, y se arrepentían de haber tenido confianza en el guardian de la Rábida, estando todos acordes en reconocer que llevar más lejos la navegacion sería caminar á una cierta é inevitable pérdida. Ya se habia demostrado al comandante lo imprudente de su obstinación; pero como desdeñara tan sabias representaciones, y ni las súplicas ni los ruegos hicieran mella en su diabólica tenacidad, oyen-

(1) «Dandogli del Genovese, *truffatore e beffatore* e che non sapeva dov'egli volesse arrivare.» Girolamo Benzoni. *La historia del mondo nuovo*, lib. I, fogl. 14.



do impávido sus lamentos, y viendo su tristeza y ansiedad, sin dejar por eso de llevarlos á una muerte desastrosa, se hacia necesario buscar remedio á tantos males. ¿No tenían bastante probado su valor y su obediencia, con haber penetrado por sitios que ninguno vió ántes que ellos? ¿Debían por una servil sumision cooperar á su propia ruina? Ya que el comandante con su terquedad no tomaba sus quejas en cuenta, y que su orgullosa presuncion lo cegaba y ensordecía, estaban en el caso de proveer por sí mismos á su conservacion, é imponerle la ley de la salvacion comun, que interpretaba de modo tan inicuo.

¿Era justo que ciento veinte hombres, en su mayor partes castellanos viejos, perecieran por el capricho de uno solo, y lo que es peor, de un extranjero, de un genoves? Habia llegado el momento de obrar, intimándole volver la proa á Europa, y en caso de negativa arrojarlo á aquellas aguas, que tanto se complacia en contemplar. Este fué el único buen consejo, el único medio de evitar un desastre que se ocurriera á los tripulantes, sobre cuyas conciencias no pesaria tal crimen, por ser una medida salvadora, un sacrificio en aras de la necesidad. Podía echársele al mar, obrando con prudencia (1), y decir á la vuelta, que cayó casualmente una noche miéntras observaba las estrellas, cosa que nadie se cuidaria de averiguar, pues apenas se acordarian del genoves en la noble Castilla.

Se decidió que al anochecer se le haria saltar por la borda en un momento dado. Para esto hubo un acuerdo secreto entre las tres tripulaciones, y tenemos la prueba de que durante la navegacion se pusieron en contacto muchas veces los remeros de las tres carabelas, principalmente en los días 25 y 28 de Setiembre.

La conspiracion, prontamente urdida bajo el patrocinio de la ignorancia y el miedo, se comunicó como una chispa eléctrica de la popa á la proa, teniendo á todos por cómplices y á ninguno por jefe. Los pilotos decían por lo bajo

(1) «Potrebbono accortamente gittarlo in mare, el publicar poi, che volendo egli riguardar le stelle e i segni vi era caduto inavvertimente.» Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. XIX.

lo que gritaban los contra maestres y grumetes.

Los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña* no ignoraban lo que se tramaba contra el almirante; pero, por una parte, más instruidos y avezados al mar que los demas, no participaban de la mayor parte de sus temores, y por otra, se consideraban de hecho los dueños de la situacion, porque salvo algunos oficiales de la *Santa Maria*, la gente de las tres naves les pertenecía, y era de su tierra. Absteniéndose de manifestaciones personales, sin animarlos abiertamente, dejaban en completa libertad á los del castillo de proa para hacer los comentarios que quisieran. Más de una vez, en sus relaciones con Cristóbal Colon, los Pinzones, e mayor sobre todo, por su altanería y grosero proceder, le habian hecho comprender amargamente su aislamiento y lo falso de su posicion.

El viénes 5 de Octubre estaba la mar bella, el aire suave, buena la brisa, y cada vez más evidentes las señales de la proximidad de la tierra. Colon, en su acendrado reconocimiento, daba por ello de nuevo gracias al Señor (1). Gran número de pájaros se agitaban en el aire, y multitud de peces voladores pasaron tan cerca de los buques, que cayeron muchos sobre la cubierta de la *Santa Maria*. Continuaba siendo fácil la navegacion, y la *Niña*, como más velera, precedía en su marcha á las otras dos carabelas.

El domingo 7 de Octubre, al romper el alba, partió un cañonazo de uno de sus costados é izó en el palo trinquete una bandera; mas se puso el sol sin que nada se hubiera descubierto. Sin embargo, multitud de pájaros se dirigian del N. al SE., y como Colon sabia que los portugueses, siguiendo su vuelo, descubrieron muchas islas, decidió cambiar de rumbo y tomar al OSO. entrada la noche.

Al otro día prosiguieron con excelente brisa; el tiempo estaba como en Abril en Sevilla. y llegaba á las carabelas un olor balsámico (2).

(1) Viénes 5 de Octubre.

(2) «Gracias á Dios, dice el almirante: los aires muy dulces, como en Abril hace en Sevilla, ques placier estar á ellos, tan olorosos son.» Lúnes 8 de Octubre.